el primer piso y era mucho más elegante de lo que su ambición hubiese podido soñar.

Cuando hubo entrado con Susana, que la miraba ya con simpatía, rodeó á la joven de los más solícitos cuidados, como si comprendiese la distancia que entre ellas habia.

Llevó en seguida un vaso de agua, unos bizcochos y una botella de Jerez, que era el vino predilecto de su americano, para que se repusiese.

Susana estaba conmovida al ver el cariño con que la trataba y que se veia claramente que salía del corazón.

La sucedió con Fani lo que la ocurria con todos los que la veian, que en seguida se granjeó su cariño, hasta el extremo de que al bajar al comedor la dijo inclinándose á su oido:

—Sois tan bonita, que correis muchos peligros en ese endemoniado París, cuya perfidia no conocéis como yo, que he nacido y vivido siempre en medio del arroyo. Tened mucho cuidado y desconfiad de todo el mundo, hasta de los que dicen que son vuestros mejores amigos.

Susana la escuchaba con atención.

¿Sería aquello un aviso misterioso que la bailarina queria darle?

La comida duró poco tiempo.

Fani tenia que estar en el teatro á las nueve y media.

Así lo dijo cuando llegaron á los postres; pero diciendo á sus convidados que estaban en su casa y que podian prolongar el festin hasta la hora que quisiesen.

Se estuvo allí todo el tiempo que pudo.

La comida habia sido encargada en uno de los mejores restaurants y era exquisita.

Los vinos de la villa eran excelentes.

Sam Krocker tenía la cabeza fuerte y el estómago robusto.

Cuando Fani montó en el coche era ya de noche.

En el mismo momento de montar la rubia, atrajo hacia sí á Susana y la repitió su aviso, insistiendo:

—Desconfiad de todo el mundo y tened cuidado; Paris es un bosque lleno de lobos; os lo dice una amiga.

La joven se alejó al trote de su caballo, y la fiesta continuó.

Pero habiéndose marchado la dueña de la casa, la alegría decayó un tanto.

Además, Susana, que estaba bastante emocionada por las palabras de Fani, metía prisa para el regreso.

A las diez subió á la alcoba de la bailarina para coger el sombrero, los guantes y los demás objetos que habia dejado.

Alejandra la acompañaba; pero unos momentos después, cuando salía por la puerta para dirigirse á la escalera, se encontró con Marcial, que la dijo:

—¿Podéis escucharme unos segundos?

Susana permaneció cortada.

—¿Y Alejandra?

—Que espere.

—Pero...

—¡No os emocionéis! ¿Os asusto acaso?

—No.

—Permitidme que os hable... unos momen-

tos... ¡Quién sabe si de ellos no dependerá mi porvenir y el vuestro!

Marcial no pudo por menos de sonreirse.

Susana debió ver aquella involuntaria expresión de su rostro, tan poco acordes con las palabras de aquel hombre tan cortés y cariñoso unas horas antes, y en el cual presentía un enamorado.

Se acordó de las palabras de Fani, y reponiéndose de su turbación, preguntó con un acento que indicaba cierta seguridad:

—¡Caramba, caballero! ¿Qué cosas tan importantes son las que tenéis que decirme?

—¿No lo habéis adivinado?

—No, os lo aseguro... No puedo ni sospecharlo...

—Pues bien, voy á explicarme; pero os suplico que me escuchéis con un poco de atención.

—¿Será cosa de mucho tiempo?

—Diez minutos... un cuarto de hora quizás.

Susana dijo:

—No podemos hacernos esperar...

Marcial se encogió de hombros de una manera indiferente.

—¿Por Alejandra?... No os apuréis por ella. Nos esperará todo el tiempo necesario... es muy complaciente... Además sabe el interés que tiene para mí esta entrevista... Conoce mis sentimientos con respecto á vos.

—¡Ah!—dijo Susana.—¿Conoce?...

—¿El amor que me habéis inspirado? Sí, señorita.

—¿Entonces se trata de amor?—preguntó Susana con gran tranquilidad y completamente repuesta.

—¿Cómo dudarlo? ¿No os lo han indicado mis ojos?

Y al ver que Susana á su vez se sonrió de una manera despreciativa, Marcial añadió en seguida:

—No vayáis á creer que siento por vos uno de esos caprichos, de los cuales me avergonzaría, una de esas pasiones que nacen y mueren como esas flores efímeras que se abren hoy para cerrarse mañana. Trátase de un amor serio, de un afecto único y eterno.

—¡Oh!

—Os lo juro. No os podéis figurar la impresión que en mí produjisteis la noche que os vi asomada á vuestra ventana... Desde aquel día empecé á mirar mi situación con sangre fría, diciéndome que tenía que pensar en el porvenir, que tenía que trabajar, no solamente para mí, sino para fundar una familia, y sobre todo para la compañera que se busca á veces mucho tiempo sin encontrarla, y que no se encuentra más que una vez. ¡Y esa para mí soís vos, vos sola, señorita Susana!

—¿De verdad?

—¡Vos, que estáis dotada de todas las gracias, de todas las cualidades y de todos los encantos imaginables! No dudo que hayáis oido más de una vez este lenguaje... Sois tan bonita, que no se os puede ver sin amaros... Ningún adorador habrá sido tan sincero como yo. Ante vos no se habrá presentado nunca un corazón tan franco y tan leal, ni os habrá prometido un cariño tan seguro, ni tan profundo, ni tan fiel.

Soltaba su declaración con un aplomo real.

¡Cuántos alumnos del Conservatorio que no tienen el sentimiento real de los papeles que representan son aplaudidos por sus familias con menos motivos que Marcial!

Era un verdadero artista aquel tunante.

Pero le faltaba lo que puede llamarse un auditorio simpático.

La bailarina habia estropeado un tanto el efecto de las palabras de su amante.

Susana seguia el consejo de la dueña de la casa, consejo dado primeramente porque tenía un buen corazón que su agitada existencia no habia corrompido por completo, ó quizás también por los celos que vejetan en los corazones de las mujeres más indiferentes.

Susana estaba prevenida.

La joven extendió la mano con el ademán de un miembro del Parlamento, que pide la palabra al presidente.

Marcial se calló muy descontento, porque una sonrisa bastante burlona subrayaba aquella interrupción.

—Es muy tarde—dijo con voz tranquila.—Creo que ya es hora... y nos debemos marchar. En una palabra, ¿qué quereis?

—Hacer vuestra dicha y la mía.

—¿Cómo?

—Casándoos conmigo, dándoos mi nombre que hoy, por hoy, no es muy brillante, pero que...

—¿Lo llegará á ser?

—Así lo espero.

—¿Por?...

—Por el trabajo. Ya me habeis oido decírselo á Alejandra, á mi prima.

Susana no protestó de aquel parentesco. Sin embargo, hacía algunos días que habia reflexionado, y las ideas sembradas en su imaginación por los vientos que soplaban en la calle de la Paz, habían germinado como la semilla buena en una tierra de primera.

Volvió á sonreirse nuevamente, y aquella sonrisa hizo aparecer una mueca en el rostro del contrariado enamorado.

¿Le costaría mucho persuadirla, más de lo que él había creido?

Aquella mujercilla inocente, criada entre pescadores, podría resistirse á los encantos de un hombre como él?

Tenía muy poca paciencia, y la actitud tan indiferente y casi desdeñosa de Susana, no era para inspirarle calma y tranquilidad.

Luchó, sin embargo, con el despecho que empezaba á apoderarse de él, y con voz conciliadora prosiguió:

—Ya os he dicho, mi querida Susana, que os amo; pero en vuestras palabras y en vuestra actitud, ó mucho me engaño, ó noto cierta ironía...

—¡Oh!

—No lo negueis... vais á hacerme creer que dudais de mi sinceridad.

—No; pero lo que sí os aseguro es que me habéis causado cierta extrañeza...

—¿Por qué?

—¿Nace tan pronto el amor, por lo menos el amor serio y duradero?

—El amor nace de una mirada, de un apretón de manos, de una sonrisa, de una palabra.

Susana movió la cabeza.

—Yo no conozco ese amor—dijo seriamente,—y no le creo ni duradero ni profundo... Y además, ¿me permitís que sea franca?

—Es más, os lo ruego.

—Pues bien; no quiero pensar siquiera examinar las probabilidades de dicha que se nos ofrecerían si aceptase las proposiciones que me haceis, porque por lo visto lo que acabais de hacer es una proprosición en regla.

—Cierto.

—¿Me pedís que sea vuestra esposa?

—Y es más, creo asegurar vuestra dicha y crearos una posición digna de vos por todos conceptos.

—¡Ay!—exclamó Susana con una sencillez encantadora,—no soy exigente, y no conozco ninguna posición inferior á mi pobreza, porque no tengo ni un céntimo y nada espero del porvenir.

—¿Para qué lo necesitais? ¿No valeis más que todas las riquezas?

—El desinterés de los novios es muy raro, según oigo decir, y la mayor parte de las veces lo que buscan es el dote... Pero ¿para qué perder el tiempo en palabras inútiles?

—¿Decís?

—Digo que vuestras palabras no han de tener ningún resultado.

—¿Por qué?

—Por una causa sin réplica.

—¿Cuál?

—Que no soy libre.

—¡Vos!—exclamó Marcial.

—¡Yo!—dijo sencillamente Susana.

—No es posible.

—Y sin embargo, es cierto.

—¿Habéis prometido?...

—Casarme.

—¿Y no podéis retirar vuestra palabra?

—Aunque pudiera, no lo haría.

—¿Por qué?

—Por la amistad, por el agradecimiento que profeso á mi futuro.

—¿Cómo se llama?

—Me permitiréis que guarde el secreto.

—¿No me queréis decir su nombre?

—Inútil os sería el conocerlo... ¿Para qué insistir? No tenemos la intimidad suficiente para que pretendáis saber lo que aún no sabe nadie... Os doy muchísimas gracias por vuestros ofrecimientos, que os agradezco en lo que valen... Seamos amigos, y nada más. Esto es lo mejor que podemos hacer.

Se dirigió á la puerta de la habitación, dándose unos golpecitos en el vestido para quitarle el polvo.

Pero Marcial la interceptó el paso.

—No os marcheis aún—dijo con voz seca, casi imperiosa.

—Pero...

—Nada, nada; necesito seguir hablándoos.

—Os aseguro que no me haréis volver sobre mi acuerdo.

—¡Quizás sí!

El bandido pronunció estas palabras con un tono que hizo extremecer á Susana.

Examinó la habitación donde se hallaba.

Tenía dos balcones que daban á una barandilla corrida, con vistas al jardin, y situada sobre una terraza á orillas del lago, cuyas

aguas serenas reflejaban como un espejo las luces de las villas vecinas.

En medio de aquella habitación había una cama baja y ancha, cubierta con una riquísima colcha de damasco amarillo.

El piso estaba cubierto con una finísima alfombra y de las puertas y ventanas colgaban cortinones de la misma tela que la colcha de la cama; en caso de lucha, la alfombra y las cortinas hubiesen amortiguado el ruido.

El buen Marcial había elegido perfectamente el terreno, y por muy ingénua que fuese Susana, comprendía lo mal que había hecho entrando en aquella villa, donde podían tenderla un lazo.

—Terminemos — dijo con voz seca. — ¿Qué quereis?

—Suplicaros por última vez.

—Ya os he dicho que es inútil.

Marcial se retorció el sedoso bigote.

—Es que lo que yo pretendo, lo quiero... Ahora bien; siento por vos un cariño, un amor, que no puede apagarse con una palabra vuestra, ni retroceder ante una rivalidad en la cual no creo... Además, aunque existiese sería lo mismo.

—¿Decís que?...

—Digo que al pensar que tengo un rival, excita la pasión que me habeis inspirado.

—Vamos—dijo Susana con dulzura,—os desconozco... Erais tan bueno y tan complaciente...

—Y seguiría siéndolo, pero...

—¿Pero qué?

—Que no puedo soportar que se burle nadie de mí.

—¿Lo he hecho yó?

—Claro. No hace aun cuatro meses que estais en París y asegurais que estais comprometida, que debeis casaros... Yo creia que aceptaríais mis proposiciones sin la menor dificultad... Tendré una buena posición y os crearía una situación envidiable.

La joven se encogió ligeramente de hombros y dijo:

—Es imposible.

Quiso pasar y el malhechor la cogió brutalmente por un brazo.

—¡No—dijo—no saldreis!

—¿Quereis impedirmelo?

—Seguramente.

—¿Qué os proponeis?

—Escuchadme—dijo teniendola á su lado—y lo sabreis. Os conozco. Sois una joven valiente y honrada.

—¿Y?...

—Cuando hayais sido mia, no querreis pertenecer á ningun otro.

—¿Y habíais decidido que fuese vuestra?

—Esta misma noche.

—Calláos ó grito, llamo.

—¡Gritar, llamar! ¿Quién puede oiros?

—Pero...

—¿Alejandra?... Debe estar muy lejos. ¿El jardinero?... Está muy tranquilo en la portería. ¿Los criados que han servido la comida?... Se fueron ya hace mucho tiempo.

—Creo y temo comprenderos... Me habeis tendido un lazo.

—¿No os he dicho que lo que pretendo lo quiero?

—Es cierto.

La joven pareció vencida por tan buenas razones.

Su actitud demostró una resignación tal que Marcial cayó en el lazo.

Soltó el brazo que tenía fuertemente asido y Susana dió uno cuantos pasos hacia atrás.

Marcial corrio el cerrojo de la puerta.

La joven no se opuso á que lo hiciera.

—¡Que raro es este París, caballero!—dijo la joven sin cólera.—Solamente aquí ocurren cosas semejantes. He vivido diez y seis años en una aldea de Bretaña y nadie me ha insultado en tanto tiempo. Sin embargo, de dia y de noche andaba completamente sola por caminos y sendas.

Y mirando al miserable frente á frente, le preguntó casi amistosamente:

—¿Por qué concedéis tanta importancia á mi pobre persona?

—Ya os lo he explicado.

—¿Por que me adoráis?

—Sin duda.

—Debe haber otras razones.

—La busco y no la encuentro.

Insensiblemente, y al mismo tiempo que hablaba, se iba acercando al balcón.

La habitación que servía de alcoba á Fani, se hallaba en el primer piso.

Como ya hemos dicho, el balcón estaba sobre el lago.

El granuja de Marcial vió aquella operación de Susana.

Se sonrió de una manera feroz.

—Aunque intentaséis saltar por esa ventana, de nada os serviría. Os expondriais á romperos uno de esos bracitos que tan acariciadores deben ser rodeados al cuello de un amante... Además, quedaríais aprisionada entre las paredes de la casa por un lado, y el lago por otro. Sé demasiado bien, que en esta época, casi todas las villas vecinas están desiertas. A nuestro alrededor no hay nadie, estoy seguro. Vamos, no seais tonta; lo mejor es que aceptéis las proposiciones que os acabo de proponer. ¿Os sería tan cruel?...

—¡Si, mucho!—dijo Susana con viveza.

Y mientras que el miserable cerraba las maderas de una de las ventanas, al mismo tiempo que vigilaba á Susana con sus ojos, brillantes por la pasión, la joven, con la ligereza de un pajarillo, saltó por la otra ventana al balcón, y de alli, cogiéndose fuertemente á la barandilla, se quedó suspendida un segundo y se dejó caer en la terraza.

Marcial lanzó un juramento de rabia, y con la agilidad de un acróbata, saltó en su seguimiento.

En el momento en que extendia la mano para cogerla del cuello, se le escurrió, digámoslo así, de entre los dedos, franqueó la distancia que la separaba del agua, y desde una altura de unos tres metros próximamente, después de lanzar un grito, se precipitó de cabeza en el lago, cuyas aguas se abrieron formando un inmenso remolino y salpicaron al granuja.

Un grito contestó al de la joven, y aquel grito fué exhalado en una lengua desconocida para el miserable.

Guirec decía á su amiga:

—No tengas miedo. Estoy yo aquí.

No venia solo. Llevaba á su lado á la encargada de la tienda, la señorita Alejandra, que le seguia con gusto.

El excelente muchacho no habia olvidado las palabras que había oído en los Campos Elíseos.

Susana debia ir á Enghien con sus peligrosos compañeros, que no inspiraban ninguna confianza al pescador.

Pero Guirec no sabía nada más.

Habia estado paseándose todo el dia, primeramente por Paris, donde habia visto á las dos modistas salir de la calle de la Arcade y después por el camino de París á Enghien, camino que debian llevar, y donde él esperaba reunírseles.

Su espera fué inútil.

No los vió en ninguna parte.

Pocos instantes antes, en el momento en que se iba á decidir á regresar á Paris, encontró á la encargada, que se dirigia sola en su bicicleta hacia el camino de hierro.

Se comprenderá lo que habia ocurrido.

El bretón no era tonto, y preguntó á la señorita Alejandra:

—¿Dónde está Susana?... Estaba con vos... Estoy segurísimo.

En un principio trató de negar.

¿Estaba acaso encargada de la custodia de nadie?

Pero Guirec era bretón, y, como es natural, terco.

Tenía la cabeza tan dura como una roca.

—Vais á decírmelo—prosiguió;—habéis preparado un mal golpe...

—¿Yo?

—Lo sé... os he visto con un tipo que os acompañaba.

La dijo las palabras que había oido.

—El domingo por la noche... En la villa de Enghien... A orillas del lago...

Y poniendo su rugosa mano sobre el débil puño de la joven.

—¡Vamos!

La encargada no se resistió tanto, cuanto que el mozo del almacén añadió:

—Acompañadme y la señora no sabrá nada... ¿Cómo habéis cometido actos semejantes?... Es una vergüeza.

Ya hemos dicho que Alejandra tenía conciencia, y aunque no era de las más escrupulosa, se hacia oir de cuando en cuando.

Podemos añadir en honor suyo que fué más persuasiva que los argumentos del mismo Guirec.

En el momento en que había encontrado á su encargada, estaba avergonzada, indecisa y dispuesta á volverse atrás.

Guirec no hizo más que decidirla unos momentos antes.

De modo que los dos se hallaron junto á Marcial, que estaba apoyado en el pretil de la terraza por donde Susana acababa de saltar.

El inmundo personaje no se movia, se veia acosado como un jabalí.

Guirec se fué derecho á él y le cogió por el cuello al mismo tiempo que decía:

—¡Bandido!

El resplandor de las luces eléctricas del hotelito daba de lleno en el rostro del miserable.

Estaba lívido.

Amenazó al bretón con estas palabras.

—No me toques ó te sangro.

Los golpes seguian á las palabras.

Guirec vió brillar la hoja de un cuchillo, que llegó á pincharle la piel.

Dió un salto hacia atrás, hizo un molinete con su garrote y dió un tremendo golpe al brazo que tenia el cuchillo.

El cuchillo cayó sobre la terraza.

El brazo cayó á lo largo del cuerpo de Marcial.

—¡Basta!... ¡Me habeis roto el brazo!...

Y dirigiéndose á Alejandra, la dijo con rabia:

—¡Canalla!... ¡Me has vendido!... ¡Lo pagarás caro!...

Tuvo aún el valor de burlarse del bretón, que seguia esperando con el arma preparada.

—¡Imbécil!—dijo.—Pierdes el tiempo con estar ahí hecho un papanatas. Se va á ahogar. ¡Si tanto estimas su pellejo, sálvala!

Guirec era completamente feliz.

Soltó una carcajada.

—¿Ahogarse en esa charca? ¡Qué memo! No la conoces. Seria capaz de irse nadando desde París á Saint-Cloud.

—De pico—dijo burlonamente Marcial.

Estas debian ser sus últimas palabras.

Cayó hacia atrás, rompiendo en su caida unas preciosas macetas.

Acababa de perder el sentido.

Más torpe que Susana, se habia desconcertado un pie en la bajada, y el palo de Guirec, al darle el golpe para que arrojase el arma, debia haberle roto el brazo.

Cuando volvió en sí, hallábase rodeado de una docena de personas que en su mayor parte le eran desconocidas.

Susana, completamente mojada, hallábase entre los brazos de una hermosísima señora, que la decia:

—Vuestras desgracias han terminado, hija mia; mañana mismo conoceréis á vuestro padre, y yo misma os llevaré.

Era la marquesa de Bordes, que estaba radiante de alegría; á su lado estaba el duque, su abuelo.

Carolina preguntó á su encargada:

—¿Podrias explicarme lo que ha ocurrido en esa casa?

—Mañana lo sabréis; os lo diré todo.

Buscare, al cual habian ido á buscar al bodegón, y que habia sabido, valiéndose de su astucia, dónde podria encontrar á Marcial y á sus amigas, dijo:

—Ya te habia dicho que por ambicioso lo perderias todo; por bruto te has encontrado con lo que mereces.

Pero su dudosa paternidad, devolviéndole un poco de clemencia, le hizo preguntar:

—¿Dónde vamos á llevar al herido?

El jardinero, que habia acudido á las voces, dijo furioso y gozándose con la venganza del porvenir:

—Pues es muy sencillo: en la habitación que tan bien conoce.

Y al mismo tiempo pensaba:

—Para que le encuentre aquí el señor Crocker y le rompa la otra garra.

De repente Susana se desasió de los brazos de la marquesa y se dirigió corriendo hacia Pedro de Kerdaniel, que permanecía medio escondido:

—¡Ah, querido amigo! ¡Estabais ahí medio escondido! ¡Qué aventuras ocurren en este Paris!

Y abrazándose al breton ocultó la cabeza en su pecho.

Algunos momentos después dos carruajes llevaban hacia la calle de la Paix á los actores de esta escena.

Buscare se quedó en el cuarto de la bailarina, hasta que llegó el médico y dijo:

—No hay cuidado; esto se cura con seis semanitas de cama. ¿Pero cómo ha ocurrido esto?

El señor Jeromo se restregaba las manos de gusto.

En la calle de la Paix el marqués, que habia llegado á Paris en el último tren de la tarde, esperaba al duque de Lusay y á su mujer.

La escena que se desarrolló entre ellos, no debemos referirla.

Gabriela, encantada, dijo á su marido, al mismo tiempo que empujó á Susana entre sus brazos:

—Ahora seremos dos para quererte.

La mirada que el antiguo amante de la de Busey dirigió á su mujer, la recompensó de todo cuanto habia hecho; pero casi en seguida su rostro se entristeció, y muy bajito dijo á Gabriela:

—Tengo que cumplir un triste deber.

—¿Cuál?

—Lee.

Le entregó un telegrama que le habia obligado á ir á París.

Era del doctor Rebul.

«La señora condesa de Busey os ruega que la asistais en sus últimos momentos. Espera de la generosidad de la señora marquesa de Bordes esta suprema caridad.

»Doctor Rebul.»

El telegrama estaba fechado en Louvilly.

Habia sido entregado al marqués de Bordes por su fiel Rubol en el momento en que su amo volvia á su casa.

El doctor Rebul lo habia expedido ya bastante entrada la noche.

XVII

Asesinato moral.

Las personas que hubiesen deseado ver aquel dia al reverendo Huchar, el socio de aquel otro malhechor, llamado Fribur, y que además era jorobado, le hubieran buscado en vano en París.

La víspera por la tarde, Huchar, después de una conferencia con su cómplice, habia doblado cuidadosamente varios papelotes, los habia guardado en una carpeta, puso el todo debajo de su brazo, alquiló un coche y se dirigió á la estación de Lyon.

Compró un billete de ida y vuelta de pri-